

Irene García Losquiño.

Eso no estaba en mi libro de historia de los vikingos.

Córdoba: Libros en el Bolsillo, 2021. 371 páginas.

<https://doi.org/10.15446/achsc.v51n1.107227>

Irene García Losquiño presenta en este libro lo que ella considera es una historia más objetiva de la sociedad vikinga. El público al que se dirige es el lector hispano que conoce la historia vikinga a través de formas narrativas distintas a la escasa historiografía especializada en castellano, como las series de televisión, películas, videojuegos o comics. Ahora en Latinoamérica, con escasos referentes a la historicidad vikinga, son frecuentes nombres como Valhalla, Tor, Ragnarök, valquirias o el “águila de sangre”. Esta resignificación vikinga está acompañada de un acuerdo previo con el público, pues la autora supone que sus lectores se han acercado a la filmografía más reciente del tema vikingo y que, por consiguiente, conocen más aspectos de la cultura escandinava que generaciones anteriores, que fueron educadas con bibliografías selectivas, escasas y estereotipadas. La autora realiza un estudio que abarca la hermenéutica, el análisis iconográfico, la interpretación arqueológica y la crítica histórica para comprender mejor su objeto de estudio y, además, equilibra muy bien los recursos historiográficos que emplea en su propuesta: el acontecimiento histórico, el relato literario y el análisis de la estructura social.¹

[447]

Este libro está organizado alrededor del verbo “vikenguear”. Así pues, la autora establece una periodización de la cultura vikinga que corresponde a la época cuando las “vikengueadas” fueron frecuentes en Europa.² En línea con esta Edad Vikinga (793-1066), García afirma que la actividad de vikenguear —combinación de las expediciones comerciales con las incursiones militares— es el fundamento de la historia vikinga y no así las categorías étnicas o geográficas que designaban a un tipo de guerrero exclusivamente escandinavo, sangriento y pagano. En efecto, para García la esencia vikinga dependía de la participación en las “vikengueadas” y de cómo estas determinaron los ritmos tanto en los avances como en los retrocesos de la cultura escandinava.

-
1. La historicidad vikinga en este libro se basa en algunos poemas y sagas nórdicas, como las de Kormak, Laxdaæla, Orkneyinga o el poema de Grímnismál.
 2. García Losquiño puede asociarse a una historiografía que es considerada por los especialistas como moderada, en el sentido de que el criterio que usa para establecer la periodización (793-1066) corresponde a una comprensión del fenómeno vikingo encuadrada en hitos muy localistas, que giran alrededor de la historia sajona. Otros le atribuyen a la era vikinga una temporalidad que desborda la derrota noruega en la batalla de Stamford Bridge, en septiembre del 1066.

Los seis capítulos que conforman este libro muestran, en principio, una imagen de los vikingos en un sentido realista. Así, no todos eran guerreros —eso sí, había mujeres que iban a la guerra—, puesto que el vikingo, además de participar del pillaje, también podía ser granjero, padre de familia, artesano o comerciante. Algunos vikingos se adaptaban muy bien a la cultura extranjera, aprendían otra lengua u otra religión, como la cristiana, por lo que, al regresar de la vikengueada después de varios años, les costaba readaptarse a su cultura originaria. Aunada a la guerra, la sociedad vikinga se batía en intrincados enredos jurídicos que se basaban en dispositivos de honor y lealtades mutuas, cuyo desenlace podía desencadenar en la muerte de alguno de sus miembros. Como resultado de sus incursiones, es posible identificar vestigios vikingos a lo largo de Europa, como los que dejó la Guardia Varega en Constantinopla o los *rus* en Europa oriental, que vienen a confirmar que el deseo expansionista vikingo probablemente fuese impulsado más por el comercio que por la guerra.

Luego, en un segundo momento, el libro habla de los lugares de la expansión vikinga al occidente. La presencia de los nórdicos en la Península Ibérica ocupa un lugar principal del segundo capítulo, que empieza por narrar el recorrido vikingo desde Galicia hasta Andalucía y analiza el temor que ocasionaban las incursiones nórdicas entre los peninsulares, pero también ahonda en la manera como los vikingos supieron participar de las dinámicas políticas locales. Después son descritos los viajes a Islandia, Groenlandia, las islas Shetland y América del Norte. Sin dudas, aquí el tema más sugestivo, por sus implicaciones políticas, es el arribo escandinavo a Norteamérica. Fuera del debate de cuán firmes hubiesen sido los asentamientos nórdicos en el occidente, lo cierto es que las fuentes que confirman estos viajes (las sagas y los vestigios arqueológicos) dicen bastante de los intercambios que sostuvieron los vikingos con las poblaciones autóctonas.

Como cualquier sociedad preindustrial, la nórdica tuvo como base la familia extensa. En el capítulo tres, García afirma que el núcleo de esa sociedad se basó en un tipo de familia, cuyos miembros desbordan los lazos consanguíneos, en una urdimbre jerarquizada de lealtades, de afinidad o de proximidad, de acuerdo con el estatus social. El tipo de relaciones afectivas de la pareja resulta ser un tema complejo, pues existieron circunstancias cambiantes en las cuales los compromisos que culminan en un vínculo marital fueron tanto políticos como románticos, de ahí también la posibilidad de acudir al divorcio. De otra parte, la niñez vikinga puede comprenderse sin mayores sobresaltos como una etapa imitativa de la vida adulta. Valga subrayar la importancia que la mitología tiene en este capítulo para descifrar la cultura vikinga, bien como reflejo o como modelo de la vida social.

Las vivencias terrenas de los vikingos tenían una proyección equivalente en el mundo de los dioses. De modo que el capítulo cuatro indaga en la religión escandinava y, en especial, en su mitología, que se proyecta con cierto grado de incidencia en nuestra vida actual, a través de productos culturales que han pasado desde la ópera wagneriana hasta el muy amplio y codiciado mercado cultural del cómic. Tal interés ha integrado más las figuras de dioses específicos, como Tor, y algunos elementos de la estructura cosmogónica del fin de los tiempos, como el Ragnarök. Así, las relaciones entre los dioses con otros seres mitológicos, gigantes o enanos, solían ser conflictivas. De otro lado, la religión nórdica era diversa y adaptativa a las condiciones de los contextos locales. Por ejemplo, el análisis histórico de la fabricación de estatuillas y talismanes, como el de la producción del martillo de Tor, enseña cierto grado de sincretismo, pues esos modelos se usaban también para fabricar cruces cristianas.

[449]

El comercio parece ser el verdadero motor del expansionismo vikingo. Producto de las incursiones, los esclavos fueron llevados a mercados distantes, especialmente a aquellos ubicados en Europa oriental. Esta afirmación se sustenta en el capítulo cinco y es gracias al análisis de la vida cotidiana que la autora puede explicar qué tan integrados estaban los esclavos a la sociedad vikinga. Todo indica que la esclavitud fue esencial en la economía doméstica en Escandinavia, pero todavía más valioso fue el comercio de personas, provenientes en su mayoría de Irlanda, a quienes, una vez vendidas en mercados del continente, nada les aseguraba su suerte final. Cosa distinta ocurría con los esclavos de los mercados domésticos, pues se acomodaban bien a la economía vikinga e incluso podían alcanzar su libertad o formar parte de la familia extensa. Junto a los esclavos, la plata fue el objeto más codiciado entre los nórdicos.

En el último capítulo, García muestra cómo cierta idea histórica del vikingo es proyectada en el mundo contemporáneo mediante distintos productos culturales de consumo masivo. Efectivamente, el cine ha adoptado las imágenes asociadas con la cultura vikinga, como también lo ha hecho la literatura de ficción, de modo que las narrativas actuales se llenan de elfos, ogros, gigantes, enanos y menciones toponímicas al mundo vikingo. Igualmente, el panteón nórdico llena las expectativas que las industrias del cine y del libro tienen respecto a los consumidores más jóvenes que, ávidos de aventura y acción, desocupan las alacenas de librerías y llenan las sillas de los cines.

Para el lector latinoamericano, menos sensible a la comprensión del mundo medieval que el europeo, este libro es una oportunidad para aproximarse al conocimiento de las sociedades del pasado usando como referentes imágenes de nuestro propio presente. Las reflexiones de García abren frentes polémicos,

como la excesiva explotación comercial de la imagen vikinga a escala global y las orientaciones racistas enmarcadas en un nuevo colonialismo que, falsificando la evidencia histórica, ha buscado una aparente fuente de originalidad en la mitología y en la historia de Escandinavia.

[450]

De otra parte, este libro despierta interrogantes acerca de la actividad historiográfica y la enseñanza de la historia; por ejemplo, cómo se acercan las generaciones más jóvenes a la interpretación de la historia medieval, cómo se introducen los estudiantes a los problemas que acarrea la comprensión de la historiografía nórdica en los contextos escolares latinoamericanos o cómo pueden los profesores efectuar la trasposición didáctica de los saberes más especializados que ofrece la investigación histórica a través de materiales didácticos de uso cotidiano.

GILBERTO ENRIQUE PARADA GARCÍA

Universidad del Tolima, Colombia

 <https://orcid.org/0000-0002-7832-9733>

geparadag@ut.edu.co